

Georges Seferis

por

Robert Levesque

En 1948, la gran revista literaria francesa *Les Cahiers du Sud*, bajo la dirección de Jean Ballard, publicó un hermoso volumen dedicado a la exaltación de Grecia, en su pasado siempre formador, siempre nuevo, y en su cultura presente. El notable helenista Robert Levesque fue encargado de la traducción de los textos y de la presentación de los nuevos autores. Entre ellos figuraba ya en lugar destacado, como poeta y ensayista, Georges Seferis, a quien el traductor dedica las páginas excelentes que a nuestra vez traducimos y que nada han podido perder de su valor en estos años.

* * *

No le gusta a Seferis que se atribuya su concepción dramática del universo a la sola catástrofe del Asia Menor. El asegura que el destino de los griegos y del hombre moderno es por sí mismo suficientemente trágico y desesperado como para que una masacre sobrevenida en Esmirna en 1922 —y que lo privó por un cuarto de siglo de su país natal— no constituyera, en el hecho, sino un cruel episodio de una más grave odisea. Es preciso saber, sin embargo, que las poblaciones griegas bruscamente expulsadas del Asia Menor en 1922 corrieron a refugiarse en las costas de Grecia, y que ese éxodo brutal arrastró hasta allí a niños y jóvenes, algunos de los cuales debían, años más tarde, enriquecer extrañamente las letras de su país. Seferis fue uno de ellos.

A su reciente poema *La Grive*, aunque traiga a la escena a cierto pequeño vapor griego echado a pique con su tripulación en la bahía de Poros durante la invasión de 1941, no habría que buscarle, sin embargo, una anécdota demasiado precisa. Y sin duda lo que mejor puede ayudar a la comprensión de una obra más o menos ardua será citar aquí algunos pasajes de una carta que el poeta tuvo la bondad de escribirnos, sobre todo porque allí subrayaba que “un poema no se escribe de la manera cómo se lo explica” y que “la explicación —aunque sea la del autor— no obliga a nadie”.

“El paisaje de *La Grive* es cualquiera playa del Ática, o del Egeo, hacia fines del verano; la casa, cualquiera vieja casa y el naufragio de *La Grive*,

cualquier naufragio. Hubo tantos, como ustedes saben. Son éstos, simples hechos de apoyo que me han servido para exponer, digamos, el drama que consiste en la oposición, el conflicto, de la luz absoluta (como usted la ha conocido aquí) y de la vida (la mía, la de mi país, de nuestro mundo). He ahí la esencia del poema. Las escenas de masacre y de muerte que están indicadas en la tercera parte; la invocación del Justo (Sócrates) y del Suplicante (Edipo), padre de los hermanos enemigos; el vaivén ininterrumpido entre la luz y el revés de la luz, están ahí puestos para sugerir esa oposición, esa confrontación que se resuelve y llega a ser unidad ("luz angélica y negra") por una afirmación de un momento de vida fulgurante y eterno (último verso: la casa inundada de luz). Yo no sé si lo he logrado bien, pero es esto lo que me ha parecido entender. Pienso que si se tiene en vista este sentido capital y central (desarrollado en la parte III), se hace fácil seguir las dos primeras partes concebidas para llevar hasta ahí al lector por una exposición retardada y en sordina. Así, en la parte I, el tema de la vieja casa me sirve, diría de *invitación* al recuerdo: recuerdos de infancia, no necesariamente autobiográficos, recuerdos de los que han pasado ("que se durmieron bajo la escalera"), que ceden poco a poco su lugar a recuerdos de voluptuosidad representados por la mujer que vuelve y que sube las gradas. En la parte II, la mujer habla al "voluptuoso", Elpenor, que es un sentimental y un mediocre, en el sentido de Homero (ver la nota que es aquí importante) y que expone el tema de la sensualidad utilizando el de las estatuas, sea por timidez, sea por torpeza de expresión. Pues las estatuas no significan en este poema otra cosa que los cuerpos humanos duros de insensibilidad, o desviados por el amor, o mutilados por los estragos del tiempo. Sea como fuere, el diálogo de Elpenor con Circé es finalmente tragado por el estrépito de la vida corriente, dominado por la canción de la radio (una canción de otoño), dislocada ella misma en el último estribillo por asomos de noticias. Esta parte termina con la voz del poeta que dice la frase final (después de las comillas), la frase de Esquilo: "Ares cambiador de almas".

"La tercera parte comienza con una breve reiteración —más grave— del tema de la sensualidad. Es un puente de unión ("Este bosque que me refrescaba la frente..."). Pero esta vez no es ya la voz de Circé, sino una voz que sale del "otro lado de la luz", el de las tinieblas —el lado del naufragio de *La Grive* también, también el lado de la resurrección".

* * *

LA GRIVE

I

La casa cerca del mar

Las casas que yo tenía me las quitaron. Sucedió
que los años se hicieron funestos: guerras, saqueos, destierros;

a veces el cazador toca a los pájaros que pasan
a veces no los toca; la caza
era buena en mi tiempo; las municiones se llevaron a muchos;
los otros vagabundean o se enloquecen en refugios.
No me hables del ruiseñor ni de la alondra
ni del pequeño aguzanieves
que inscribe cifras en la luz con su cola;
no sé mucho en materia de casas,
sé que ellas tienen su estirpe, nada más.
Nuevas primero, como angelotes
que juegan en los jardines con las franjas del sol,
ellas bordan persianas multicolores y puertas
relucientes sobre la trama del día;
cuando el arquitecto ha terminado ellas cambian,
se arrugan o sonríen o bien se aferran a los que quedaron y a los que han
[partido,

a otros que volverían si pudieran
o desaparecieron ahora que el mundo
se ha convertido en un inmenso hotel.
No sé mucho en materia de casas,
me acuerdo de su alegría y de su pena,
a veces, cuando me detengo;

aun

a veces, cerca del mar, en piezas desnudas
con un catre de fierro, sin nada que me pertenezca,
mirando la araña de la tarde sueño
que alguien se prepara a venir, que ponen adornos
de vestidos blancos y negros de joyas multicolores
y que lo rodean hablando en voz baja damas respetables,
de cabellos grises y encajes oscuros,
que él se apresta a venir para decirme adiós;
o bien que una mujer de párpados centelleantes, de cintura profunda,
volviendo de puertos meridionales,
Esmirna, Rodas, Siracusa, Alejandría,
ciudades clausuradas como persianas cálidas,
con aromas de frutas de oro y yerbas,
sube las gradas sin reparar
en los dormidos bajo la escalera.
Tú sabes, las casas se sostienen fácilmente, cuando se las pone al desnudo.

II

El voluptuoso Elpenor

Lo vi ayer detenerse ante la puerta
bajo mi ventana; debían ser

más o menos las siete; una mujer lo acompañaba.
Se parecía a Elpenor, un poco antes de la caída
que lo rompió; no estaba ebrio sin embargo.
El hablaba extremadamente rápido, y ella,
ella miraba distraidamente hacia el lado de los gramófonos;
a veces ella lo interrumpía para decir una palabra,
después se volvía impaciente
hacia los fritangueros de pescado; como un gato.
El murmuraba, con una colilla apagada entre los labios:
"Escucha esto más. Bajo la luna
las estatuas a veces se inclinan como la caña
entre frutos vivos —las estatuas;
y la llama llega a ser un fresco laurel-rosa, la llama que quema al hombre,
quiero decir.
—Es el resplandor lunar . . . las sombras de la noche . . .

—Acaso la noche, de pronto hendida, granada de azul,
oscuro seno, que nos llena de estrellas
tajando el tiempo.

Sin embargo las estatuas
a veces se inclinan, compartiendo en dos
el deseo, como un durazno, y la llama
llega a ser beso sobre los miembros y sollozo
pura hoja fresca que se lleva el viento;
ellas se inclinan; ellas se alivianan, su peso es humano.
No se puede olvidarlo.

—Las estatuas están en el museo.

—No, ellas te persiguen, ¿no las ves?
quiero decir con sus miembros rotos, su rostro de antaño que tú no co-
[nociste
y que sin embargo conoces.

Así
cuando hacia el fin de la juventud llegas a amar
a una mujer todavía bella, y la posees desnuda a mediodía
el recuerdo que se despierta en el seno de tu abrazo
te espanta; tú temes que el beso no te entregue
a otros lechos ahora desaparecidos
que sin embargo podrían llegar a visitarte
tan fácilmente, tan fácilmente y resucitar
imágenes en el espejo, cuerpos que fueron en otro tiempo
su voluptuosidad.

Así

cuando regresas del extranjero si te sucede abrir
una vieja maleta con llave desde largo tiempo
allí encuentras los andrajos de los vestidos que tú usabas
en bellas horas, durante las fiestas iluminadas,
multicolores, espejeantes, que no cesan de declinar
y sólo queda el perfume de la ausencia
de un rostro joven.

En verdad, las ruinas
no son ellas; eres tú la ruina
ellas te perciben con una extraña virginidad
en la casa, en la oficina, durante las recepciones
de huéspedes de marca, en el miedo inconfesado del sueño
ellas hablan de circunstancias que tú habrías querido que no existieran
o no llegaran sino años después de tu muerte,
y eso es difícil porque . . .

—las estatuas están en el museo,
buenas noches.

— . . . porque las estatuas no son ya despojos,
somos nosotros las ruinas. Las estatuas se inclinan livianamente . . .
Buenas noches”.

Después de lo cual se separaron. El tomó
el camino que sube hacia la Osa
y ella, ella avanzó hacia la orilla de fuegos múltiples
donde la ola se ahoga en el rumor de la radio.

La radio

“Velas al soplo del viento
es todo lo que se retiene del día.
Bálsamo de pino y silencio
fácilmente aliviarán la llaga
que dejaron al irse el marino
el aguzanieves, el gobio y el papamoscas.
Mujer que has perdido el tacto,
escucha los funerales del viento.

El tonel de oro se ha vaciado
el sol se ha convertido en un guiñapo
en torno al cuello de una mujer de mediana edad
que tose inagotablemente;
el verano que se fugó la pena
con sus oros sobre los hombros y sobre la ingle.
Mujer que has perdido la luz,
escucha, es el ciego el que canta . . .

Está oscuro; cierra las ventanas;
talla flautas en las cañas de ayer,
y no abras si golpean;
ellos se desgañitan, pero no tienen nada que decir.
Recoge ciclámenes, agujas de pino
lirios de la arena, anémonas del mar;
mujer que has perdido el espíritu,
escucha, el entierro del agua va pasando ...
—Atenas. Evolucionan rápidamente
los acontecimientos de que te impuso con terror
la opinión pública. El señor Ministro
ha declarado: No queda ya tiempo ...

—... recoge ciclámenes, agujas de pino,
lirios de la arena ... agujas de pino ...
mujer ...

—... fuerzas de una superioridad aplastante.
La guerra ...".
Ares mutador de almas.

III

El naufragio de la Grive

"Este bosque que me refrescaba la frente
a la hora en que el mediodía calentaba las venas
florecerá en manos extranjeras. Tómalo, te lo doy;
mira, es un bosque de limoneros ...".

Oí la voz

cuando miraba al mar a fin de distinguir
un barco que echaron hace años a pique;
lo llamaban *La Grive*, un pequeño naufragio, los mástiles,
rotos, ondulaban atravesados en el fondo como tentáculos.
o como un recuerdo de sueños, indicando el casco,
boca sombría de un gordo cetáceo reventado
que se desvanecía en el agua. Una gran calma planeaba.
Y otras voces, poco a poco, vez a vez,
la sucedieron; murmullos delgados y sedientos
que salían del otro lado del sol, el de las tinieblas;
se hubiera dicho que ellas pedían beber un poco de sangre;
eran familiares, pero yo no podía distinguirlos.
Después sobrevino la voz del anciano, a ésa la escuché
cayendo en el corazón del día
tranquila, como inmóvil:

"Y si me condenáis a beber el veneno, gracias;
vuestro derecho será mi derecho; adónde iré
vagabundeando por países extranjeros, como una piedra redonda.

Prefiero la muerte;
quién va hacia lo mejor, sólo Dios lo sabe . . ."

Tierras del sol y no podéis afrontar el sol.
Tierras del hombre y no podéis afrontar al hombre.

La luz

A medida que los años pasan
el número de los jueces que te condenan aumenta;
a medida que los años pasan y que tú conversas con menos voces
miras el sol con ojos distintos;
tú sabes que los que han partido te engañaban,
el delirio de la carne, la bella danza
que llevaba a la desnudez.
Así como en la noche, rondando sobre el gran camino desierto,
ves de pronto brillar los ojos de un animal
que de inmediato desaparecen, así sientes tus propios ojos;
el sol tú lo ves, después te pierdes en las tinieblas;
la túnica dórica
que tocaron tus dedos y que onduló como las montañas,
es un mármol bajo la luz, pero su cabeza permanece en las tinieblas.
Y los que dejaron la palestra para tomar el arco
y que dejaron herido al corredor voluntario
y éste, éste que vio la pista flotar entre la sangre
al mundo vaciarse como la luna
y marchitarse los jardines victoriosos;
tú los ves en el sol, detrás del sol.
Y los jóvenes que se zambullían desde lo alto de los baupreses
se van como cohetes hilando todavía,
hundiéndose desnudos en la luz negra,
con una moneda entre los dientes, nadando todavía,
mientras el sol remienda redes de oro
velas y planchas húmedas y colores marinos,
ellos continúan oblicuamente descendiendo
hacia los guijarros del fondo,
los blancos léctos.

Luz, angélica y negra,
risa de las olas sobre los caminos del mar,
risa en medio de las lágrimas,
el viejo suplicante te mira

cuando se va a cruzar las regiones invisibles,
 luz reflejada por su sangre
 de donde salieron Eteocles y Polynice.
 Día, angélico y negro;
 el gusto salobre de la mujer que envenena al prisionero
 surge de las olas, fresca rama adornada de gotas.
 Canta, pequeña Antígona, canta, canta . . .
 no te hablo del pasado, hablo del amor;
 adorna tus cabellos con espigas del sol,
 hija sombría;
 el corazón del Escorpión ha declinado,
 el tirano interior ha abandonado al hombre,
 y todas las hijas de las olas, Nereidas, Greas
 acuden hacia los centelleos de la Anadiómena;
 quien nunca ha amado amará
 en la luz;
 y hete aquí
 en una casa de múltiples ventanas abiertas
 corriendo de pieza en pieza, sin saber adónde mirar primero,
 porque los pinos se irán y las montañas reflejadas y el gorjeo de los pá-
 [jaros;
 el mar se vaciará, como vidrio molido, al Norte, al Sur;
 tus ojos se vaciarán de la luz del día
 como se detienen de pronto todas juntas las cigarras.

Poros, 1946.

NOTAS

Elpenor. No tenía ni sabiduría ni valor. Pereció en un accidente causado por su ebriedad en el palacio de Circé.

(*Odisea*, xi, 55, etc.)

Ares, mutador de almas. Cf. Ares, mutador de muertos, en la primera pelea sacó sus balanzas y desde Ilión envió a los padres, al salir de las llamas, un polvo cargado de lágrimas crueles —como hombres de ceniza, que caben fácilmente en una urna.

(*Agamenón*).

Quién va hacia lo mejor, sólo Dios lo sabe. Cf. "Entre mi suerte y la vuestra, ¿cuál es la mejor? Nadie lo sabe, si no es Dios".

(Final de la *Apología de Sócrates*).

Reír en medio de las lágrimas. Cf. *Iliada*, vi.

ROBERT LEVESQUE: GEORGES SEFERIS

El viejo suplicante. Cf. Ni Ares ni el mar se lo tragaron, sino las regiones que no se ven se apoderaron de él y lo llevaron en un torbellino misterioso.
(*Edipo en Colona*).

Greas. En Phorcys, Keto engendró a las Greas de hermosas mejillas, canosas desde su nacimiento...
(*Teogonia*).

Traducción de LUIS OYARZÚN

